

Moralejas del Clásico

Más allá de jugadas espectaculares, favoritos que sucumbieron por el camino y desquite de los anfitriones, el evento deja también para Cuba la enseñanza de que necesita con urgencia cambiar las estrategias

Elsa Ramos Ramírez

No cerró con un partido a la altura de las emociones que derrochó durante 16 días, pero la cuarta edición del Clásico Mundial de Béisbol dejó, en términos generales, un buen sabor.

Lo opaco es por el 8-0 a favor de Estados Unidos vs. Puerto Rico, contrario a los jugazos de la semifinal y a muchos escenificados en la fase regular. Mas es solo un detalle. Los anfitriones-promotores ganaron el título frente a unos boricuas que para la gran mayoría eran favoritos, por llegar invictos, por la fortaleza del bateo, la agresividad de su juego y su pitcheo hermético.

Sin embargo, en el momento clave Estados Unidos fue categórico y arrolló a los caribeños con la superioridad con que una potencia aplasta a una colonia. Así se reivindicó ante su público que pudo, por fin, satisfacer los morbos de albergar el mejor béisbol del mundo. No fue el dream-team del debut en el 2006. Pero los norteños presentaron un equipo eficaz, eficiente y cohesionado, herramientas que quizás les faltaron en otras versiones por más que llevó superestrellas cuando los egos suplantaron el compromiso.

Eso es muy bueno para la salud de estos eventos y del béisbol, mucho más ahora que pretende echar raíces tras su inclusión en el programa olímpico de Japón 2020. Habrá que decir que, aun con ausencias de grandes luminarias por los dictados de managers y dueños de la campaña que está por comenzar en las Mayores, aun con las restricciones impuestas a algunos de los presentes, sobre todo lanzadores, el evento quedó bien parado.

Para los acosos que padece del universalísimo fútbol resultó gratificante ver al imponente Dodger Stadium repleto en sus "cuatro pisos", como estuvo el Marlins Park, de Miami, cuando jugaron los locales. El que los Clásicos sobrevivan depende mucho del grado de aceptación a lo doméstico de sus creadores. Se sabe que hoy lo que no deje lucros no es legítimo y puede fallecer. Según cifras oficiales, por primera vez se supera el millón de boletos vendidos (1 086 720) y la señal televisiva llegó a 182 países.

Y está el espectáculo. Hay que admitir que este sobró en las cuatro sedes por las respuestas de las gradas y de los terrenos, donde se pudo advertir pasión por jugar y defender una camiseta, más allá de que a muchos puertorriqueños se les haya olvidado el español o que la mayoría de los "israelitas" ni sepan que en Oriente Medio se libra hace años una guerra a piedras con los palestinos.

No es que lo diga yo, que no tengo la autoridad, ni el poder, ni el dinero de Robert Manfred, comisionado de las Grandes Ligas, quien acaba de asegurar: "Estamos satisfechos por completo por la manera en que ha ido este Clásico. Tenemos rosters llenos en su mayoría por los mejores jugadores... Hemos tenido grandes multitudes de aficionados, no solo en cuanto a cifras récords, sino en la pasión con la que se entregan. Esto ha sido increíble por completo".

El Clásico es así de "democrático" y debemos admitir que funcionaron sus fórmulas con naciones emergentes que dieron lucidez y ofrecieron competencia, como Israel y Colombia, porque ya Italia enseña las uñas hace rato, mientras Holanda, por segunda vez entre los cuatro grandes, ya no es intrusa de ocasión. Más allá del dinero, los jugadores se entregaron con

honor y "nacionalismo", diría Manfred.

Con dos finalistas del otro extremo y un República Dominicana que vendió cara su corona, el evento confirmó que la facción clasificatoria que nos tocó era la más "accesible". El Clásico se llevó la alegría cubana por la eliminación a fuerza de batazos; no obstante, nos dejó certezas: que Cuba jugó al nivel que hoy tiene, que de ese béisbol nos separan años luz y que la distancia no podremos vencerla con voluntarismos ni compromisos entusiastas.

Antes que empecemos a pensar en cambiar otra vez la estructura de la Serie Nacional, donde cada vez menos peloteros juegan, contrario a las manecillas del mundo, debíamos ser menos simplistas y enfocarnos en la mejor inversión posible: el recurso humano, no solo pensando en un Clásico que a fin de cuentas llega cada cuatro años.

¿Será tan difícil en una isla beisbolera encontrar brazos potentes capaces de sostener de 90 millas hacia arriba? ¿Será tan complicado hallar biotipos un poco más a tono con la estatura mundial?

Otras fórmulas habrá que explorar para que cambien las mentalidades, sin copiar por copiar. Convengamos en que a más de un árbitro se le fue la musa en la zona de strike o en decisiones que decretaron el uso de las cámaras, que hasta el mismísimo manager ganador insistió con Nolan Arenado como cuarto bate con 115 de promedio y más de 10 ponches, y que a los perfectos japoneses también les temblaron las piernas o, mejor dicho, las manos en un partido de cruce.

Eso es para no idealizar un evento que sí nos dejó lanzadores profesionales, al punto de dar strikes como si tuvieran un molde o corredores deslizados con precisión milimétrica al sonido de un batazo. No renunciaremos al Clásico porque eso no lo hará ni México, que quedó en la primera vuelta en su patio. Hay que seguir mirando con prioridad la base y darle más pasión a nuestra serie. También vigilar el tono y los rumbos de las negociaciones con las Grandes Ligas con ojos modernos.

Así como los destinos del fútbol se gestan en Europa, los del béisbol se desarrollan en las Grandes Ligas. Claro que insertarnos en ellas no es una decisión que pase solo por la mesa de la Federación Nacional de la disciplina, pues se sabe que muchos intereses median, pero habrá que hablar otros idiomas, pensando que la Patria no es un espacio geográfico. ¿Condenaremos de por vida a peloteros que han regresado luego de probarse sin suerte en ligas caribeñas? ¿Cómo encarar la probabilidad de que cubanos que juegan en las Ligas Mayores nos representen y jueguen como nación, tal como lo hacen el resto de los latinos?

Entre sus lecturas, el Clásico se llevó algunas que habrá que repasar en cuatro años. Eric Hosmer, primera base de Estados Unidos, dijo a ESPN: "Jugar aquí es diferente. He estado en dos Series Mundiales, gané una, y estar aquí hace que uno se sienta orgulloso de traer el nombre de su país en el pecho". El puertorriqueño Carlos Beltrán lo secundó en eso de jugar a la pelota en la real dimensión de lo que es, un juego: "Aquí todos estamos más preocupados por defender las letras que traemos en el pecho que por las que traemos en la espalda. Desde el primer día hablamos de que los egos y las agendas personales había que dejarlas en la puerta, al entrar al club house. Aquí todos venimos a defender a Puerto Rico".



En Sancti Spíritus ha cobrado fuerza en los últimos tiempos esta forma sana de distracción.

Billar ajeno al lucro

La práctica de este deporte gana espacios en Sancti Spíritus con el desarrollo de la VI Copa Élite que reunió a siete provincias

El billar ya no es una opción de bares y cantinas. Al menos no a la manera que lo ha estigmatizado el cine y también su historia.

Quienes lo practican sin los aires de lucro y corrupción, que ciertamente le quedan en varias latitudes, intentan rescatar de él todo lo que encierra una modalidad que incluso para legitimarse ha presentado carta olímpica, o lo que es lo mismo, pugna por incluirse en el cronograma de las citas cuatrienales al punto de que se exhibió en la convocatoria de Río de Janeiro.

Por ese rumbo anda Sancti Spíritus, donde la práctica gana espacios. Así lo mostró la más reciente realización aquí de la VI Copa Élite, que reunió en la bolera Récord a adultos y niños de siete provincias.

El certamen resumió lo que hace unos cinco años comenzó a cobrar fuerza en el hogar de Osdany Cancio Lizano, un cirujano maxilofacial espirituario que desde niño asimiló este deporte por herencia familiar y más tarde lo especializó como vía de esparcimiento hasta convertirse en su promotor principal.

"Me entero de que es un deporte cuando veo en ESPN competencias de diferentes tipos. Cuando estuve de misión me compré una mesa. Entonces aquí comenzamos a reunirnos algunos amigos por las tardes en la bolera y empezamos a topar hasta que se hicieron campeonatos espirituarios y luego asistimos a eventos nacionales a partir del 2014.

"El evento fue un éxito al decir de los organizadores, porque por primera vez se insertaron niños, que preparamos en mi casa, adonde asisten todas las tardes. Desde el inicio hablamos con los padres de fomentar en ellos la práctica del billar de una manera sana y con enfoque deportivo. En el encuentro tuvimos un buen saldo, pues Yoandy González se ubicó segundo entre los mayores".

Con esta intención, el billar,

antes de apuntalarse en Sancti Spíritus, había calado en territorios como Cárdenas, a mediados de la década del 90. Desde entonces se celebran campeonatos organizados tanto allí como en otros lares cubanos.

"Hemos tenido que luchar contra el tabú que tiene el billar, algo que debe ser desterrado, pues se demostró otra vez que fuera de la competencia se crean lazos de hermandad. A fin de expandirlo como deporte nos autofinanciamos, aunque agradecemos el apoyo del Inder".

La fiesta del billar reanimó de paso la bolera Récord, donde se remodelaron recientemente las cinco mesas dedicadas a la práctica de este deporte y se creó mejor confort con la nueva climatización, el mobiliario y la pintura.

"Preparamos la instalación desde antes de la competencia para que se fueran adaptando —alega Lázaro Guerra Guerra, director de dicho centro—. El evento tuvo un alto nivel de participación y buena promoción. De las tres variantes recreativas que tenemos —tenis y bolos son las dos restantes—, esta es la más codiciada, sobre todo por los jóvenes, que muestran un buen comportamiento y disciplina", añade el directivo.

Con varias modalidades competitivas, el billar tiene en la llamada bola nueve la más difundida. Requiere de sus practicantes destreza, habilidad y "precisión de cirujano", tal como lo describe Osdany.

Más allá de la mesa, Cuba busca formar una Federación Nacional, crear academias provinciales y rescatar lo mejor del deporte que tiene como referente de la etapa prerrevolucionaria a Alfredo de Oro, quien fue campeón mundial en 31 oportunidades, 18 de forma sucesiva, y en materia de jerarquía emuló en su época con el esgrimista Ramón Fonst y el ajedrecista José Raúl Capablanca.



El equipo norteamericano se coronó campeón y pudo reivindicarse ante su público.